

Estudio de Evangelio (Mc 8, 27-38) propuesto por Hilario Ibáñez y realizado en el grupo 'Sense nom'

“La pregunta de Jesús ¿'quién decís que soy yo'? es la pregunta de todo ser humano que quiere vivir en plenitud”

Un Estudio de Evangelio: Mc 8, 27-38

El estudio de evangelio que os propongo lo vamos a realizar siguiendo un esquema clásico de lectura. Primero daré algunas pinceladas para situar el texto en el relato que nos presenta Marcos, para después, hacer una relectura desde nuestro tiempo.

El evangelio de Marc -escrito alrededor del año 60-70- no es una recopilación de crónicas de acontecimientos de la vida de Jesús situados de una manera aleatoria. Al contrario, tiene una estructura coherente y bella, encaminada a cumplir una finalidad determinada: ayudar a la comunidad destinataria a redescubrir quién es Jesús, su forma de ser Mesías e Hijo de Dios, y a conocer con más profundidad qué es ser seguidor y discípulo de Jesús. Con este objetivo, Marcos va haciendo de un modo y de otro su catequesis particular sobre Jesús de Nazaret.

El contexto

La situación geográfica donde se produce la escena no es casualidad; se produce en Cesarea de Filipo, a unos 40 kilómetros más al norte de Galilea, al pie del Monte de Hermón, fuera de los límites de Israel. Presentándose ahí, Marcos quiere destacar que Jesús trasciende los límites del judaísmo. Es el último episodio en el Norte, desde allí inicia la marcha a Jerusalén; “donde mueren los profetas”.

El texto se sitúa en el bloque central del relato, que presenta a Jesús y sus

discípulos yendo de Galilea a Jerusalén. Este bloque comienza con la curación de un ciego en Betsaida, Galilea (8, 22-26); y finaliza con la curación de un ciego en Jericó, entrada a Jerusalén (10, 46-52). Todo este recorrido es una “catequesis” sobre quién es Jesús y cuál es la misión del Mesías. A lo largo del camino hay tres anuncios de su pasión y muerte: 8, 31-32; 9, 30-32 y 10, 32-34, a los que siguen otras tantas reacciones de los discípulos, oponiéndose a lo que les dice sobre sí mismo. Los discípulos están ciegos, tanto como los ciegos a los que cura y sólo si le escuchan y le siguen, podrán ver con claridad.



Imagen extraída de la portada del libro “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, de José Antonio Salas, y publicado en la Editorial Gramática Parda.

La pregunta

La conversación que narra Marcos tiene dos partes:

En la primera parte nos presenta a Jesús preocupado por cómo le percibe la gente que le sigue, qué es lo que se dice de él. Lo que se oye; aquello que las apariencias dicen, los estereotipos, las creencias. Los discípulos contestan como para salir del paso y, como los amigos que no quieren dar un disgusto, le ocultan que también le llaman loco, endemoniado, blasfemo, comilón y bebedor.

La segunda parte de la pregunta se dirige a ellos mismos: “¿Quién decís que soy yo?”. Jesús quiere aclararlo con su círculo más reducido de seguidores. Pedro responde con ímpetu y convencimiento, movido más por la intuición que por el pensamiento: “Tú eres el Mesías”. Jesús alaba la respuesta de Pedro, pero, acto seguido proclama con total claridad qué significa ser el Mesías. “El Hijo de hombre tiene que padecer mucho, ser entregado a las autoridades. Lo matarán y resucitará”. Jesús se llama a sí mismo “Hijo de hombre”, no Mesías, que es un término posterior en la comprensión de quién es Jesús por parte de la comunidad cristiana. Esta declaración de principios choca con la idea de Mesías que tenían los discípulos. Jesús les rompe los esquemas: El Mesías tiene más que ver con el Siervo sufriente de Isaías que con el triunfador y restaurador de Israel. O dicho de otro modo, la liberación no viene desde el poder y el triunfo, sino desde el despojo y el anonadamiento.

La reacción

Pedro reacciona riñendo a Jesús; no sabemos qué le dijo exactamente, porque Marcos parece que lo da por sobreentendido¹, pero sí nos dice claramente que Jesús le replica y le riñe delante de los discípulos.

Parece normal que Pedro reaccione de un modo entre sorprendido, desilusionado, incluso un poco paternalista (oye, no vayas por ahí, que ese no es el camino). No es fácil romper creencias; Pedro creía, porque

así lo decía la tradición, en un Mesías glorioso y vencedor de los enemigos del judaísmo, para él es incomprensible un Mesías humillado y vencido hasta casi la aniquilación.

La reacción de Jesús parece que es la de alguien que está bastante preocupado por ser fiel a lo que se ha comprometido, su reacción es bastante airada, como para ahuyentar un pensamiento que le ronda la cabeza y que quiere rechazar: hacer las cosas desde el poder, el prestigio, la fama. Parece probable que Jesús encuentre la tentación de Pedro aún más fuerte que las tentaciones que Mateo y Lucas nos relatan provenientes de Satanás, porque vienen de una persona muy cercana. Pero hay que entender a Pedro: para él el demonio es Jesús que rechaza ser lo que el Mesías ha de ser. Pedro, llevándose las manos a la cabeza, pensaría que quien pensaba como Satanás era Jesús.

Se pone de manifiesto la contraposición entre dos modos de entender la misión de Jesús.

- El reino del Mesías como reino exterior, que incluye política, prosperidad y esplendores de culto; el reino de los cielos como conversión manifestada en obras.
- Salvar la vida; perder la vida.
- El Mesías triunfante; Jesús crucificado. Los seguidores que triunfan como mediadores entre Dios y los hombres; los discípulos que sirven sufriendo en silencio.
- Dos mundos, dos mesianismos, dos mentalidades, dos religiones. Una es la de Jesús, la otra es la que mató a Jesús.

Esta es la tensión de todo el evangelio. Pedro creería que está pensando en cosas divinas, mientras que Jesús presenta cosas humanas. La cuestión es, ¿cuál de ellos, Jesús o Pedro, sabe qué cosas son ‘humanas’ y qué cosas son ‘divinas’? Marcos nos lo va a aclarar, sin dejar lugar a duda: La vida plena es situarse en la dinámica de Jesús.

¹ En la versión de Mateo 16, 22, Pedro le dice: Eso no te pasará. Lc 9, 22 no dice nada al respecto.

Una relectura

Una vez recriminado a Pedro, Jesús se dirige a todos los que le seguían. Parece que Marcos quiere dejar muy claro cuál es la propuesta de Jesús y cuáles son las resistencias de los discípulos. A sus discípulos les propone el mismo camino que él va a seguir: es una invitación a entrar cada vez más en la lógica de Dios, en la lógica de la Cruz, que no es ante todo aquella del dolor y de la muerte, sino la del amor y del don de sí que trae vida. Es entrar en la lógica del Evangelio. Es, en definitiva entrar en

Jesús invita a entrar cada vez más en la lógica de Dios, en la lógica de la Cruz, que no es ante todo aquella del dolor y de la muerte, sino la del amor y del don de sí que trae vida.

la transmisión del secreto de la vida. Por eso, más que muchas elaboraciones teóricas, conviene penetrar en este misterio de la vida, que Jesús realizó a la perfección.

Situarse de este modo, probablemente nos reconcilie con unas expresiones que han sido releídas desde la negatividad y la renuncia y no desde la positividad que supone el mensaje evangélico.

Una primera expresión “Si uno quiere venirse conmigo, que se niegue a sí mismo...”. No es fácil aquilatar el verdadero significado de esta frase; sobre todo si tenemos en cuenta que el texto no dice negar, sino “renegar de sí mismo”. Probablemente Jesús nos está diciendo que nos engañamos, creyendo que somos lo que aparece y que nos sirve para definirnos: soy madre, o padre, trabajo en, soy hijo de, etc. Esto es el falso yo... y ¿cuántas veces cuando

nos “analizamos” no salimos de ese circuito? “porque además pertenezco a una asociación o a una iglesia, o a un partido”. No nos podemos quedar en lo que nos dicen desde fuera: “unos que Elías, otros que Juan...”. A lo que debemos responder es a una pregunta que sostiene todas las anteriores: ¿quién soy?

Otra expresión que choca y que funciona como un koan o un acertijo: “El que quiera salvar su vida la perderá...”. No hace relación a la vida corporal y la vida del alma; no se trata de

elejir entre dos vidas, sino de buscar la plenitud de la vida en su totalidad. Marcos, con esta especie de acertijo, quiere dejar claro que seguir a Jesús garantiza una plenitud de humanidad.

La plenitud quiere decir ser lo que realmente somos: Nos perderíamos en los conceptos, como nos perderíamos si acudiéramos a una voluntad externa que nos diera esa plenitud. “Nada de fuera puede hacer bueno o malo a un ser humano”. Por eso la sabiduría de Jesús nace de lo más profundo de nuestro ser, cuyo fundamento es Dios.

El profundo sentido de la vida es el ritmo del perder para ganar; de morir para resucitar, pero no como dos momentos distintos y separados, sino que en la misma pérdida está la ganancia y en el mismo morir está la resurrección. No son dos cosas una detrás de otra: son dos caras de un mismo movimiento.

Jesús nos está diciendo que nos engañamos, creyendo que somos lo que aparece y que nos sirve para definirnos. Debemos responder a una pregunta que sostiene todas las anteriores: ¿quién soy?

A poco que nos fijemos, podemos ver que todo lo que nos rodea y todo lo que vivimos tiene este ritmo, o acaso ¿se educa sin perder tiempo y poner a disposición del otro lo que se sabe para que el otro aprenda? ¿Se cuida de una persona sin desvincularse del

El profundo sentido de la vida es el ritmo del perder para ganar; de morir para resucitar, pero no como dos momentos diferentes y separados: en la misma pérdida está la ganancia y en el mismo morir está la resurrección.

apetencias? Evidentemente hay resistencias y la actitud de Pedro y los discípulos las ponen de manifiesto, porque solemos funcionar entre el polo del placer y el dolor buscando uno y evitando el otro: se busca el placer, la supervivencia, el prestigio, la fama, la seguridad y eso lo asimilamos al placer, sin darnos cuenta que el aferrarse a ello produce dolor. El dolor del que habla Jesús es el que se produce por vencer las resistencias del apego a mis cosas, mis pensamientos, mis creencias, mis egos; este es un dolor inevitable para alcanzar la plenitud. Es desprenderse de lo que hemos ido adquiriendo: posición, carrera, cosas que hemos hecho, situación en la vida, el carácter, incluso las opiniones, los sentimientos y emociones, que nos da la falsa impresión de que es eso lo somos. Pero no es así. Llegar a lo que realmente somos pasa inevitablemente por despojarnos de

lo que creemos ser para ser realmente. Aquí está la gran sabiduría de Jesús.

En Jesús, la cruz, el despojamiento, el llegar vaciado total a su muerte, es la hora de su plenitud. Se identificó con Dios, que es amor total, que es donación plena. Y justamente ahí se produce la resurrección: en el mismo acto de la entrega compasiva. Es ahí donde el centurión proclama que aquél que muere es el Hijo de Dios (Mc. 15, 39). Jesús vivió y predicó que lo específicamente humano, es consumirse en la entrega al bien del hombre concreto.

Tenemos la metáfora del grano del trigo, que en el mismo momento de dar la vida para hacer una espiga, se muere; desaparece: ha hecho lo que debía de hacer. O podemos recurrir también a la imagen de la vela, que está hecha para ser encendida y que, ardiendo, ilumine. Pero, al arder, no tiene más remedio que consumirse.

Nadie se echa las manos a la cabeza por ello. Al contrario, sólo entonces adquiere pleno sentido su existencia. Sólo cuando la oscuridad nos obliga a

El dolor del que habla Jesús es el que se produce por vencer las resistencias del apego a mis cosas, mis pensamientos, mis creencias, mis egos; este es un dolor inevitable para alcanzar la plenitud.

encenderla, cobra todo su valor como vela. Una vez que se ha consumido, no tiene sentido el querer honrarla con magníficos adornos. No hay donde colocar los adornos...

Según Jesús, esa es la actitud acertada en la vida. Sólo cuando dejamos de aparecer como los intocables, a los que no se les puede molestar, los que tienen un prestigio. Cuando dejamos a un lado la imagen personal que nos envuelve en un halo de identidad que no es la correcta, que está construida de prejuicios, creencias, falsas expectativas. Cuando nos desidentificamos del yo y tomamos conciencia de lo que realmente somos, aparece nuestro ser realmente.

Por eso la pregunta de Jesús ¿"quién decís que soy yo"? es la pregunta de todo ser humano que quiere vivir en plenitud. Esta pregunta se transforma en la pregunta que nos hemos de dirigir a nosotros mismos "¿quién soy yo?". No busquemos la respuesta ni en el análisis ni en la comparación ni en las teorías. Busquémosla de donde surgió la respuesta de Pedro: en lo íntimo, en la lucidez de ver, de caer en la cuenta. En reconocer la grandeza de lo que somos: hijos de Dios. Sólo desde esa percepción más allá del pensamiento y las conceptualizaciones viviremos la resurrección de la entrega. Sólo desde ahí podemos vivir la entrega generosa que ve al otro ser humano con la misma dignidad de Jesús, es decir de Hijo de Dios.

Meditación

Se puede finalizar con una meditación.

En silencio, conectando con la respiración, dejarnos estar en la grandeza del ser más íntimo y profundo.

Podemos ir recorriendo, sin detenernos en análisis ni pensamientos, experiencias, hechos donde se ve que cuando se ha actuado desde el propio ego ha habido sufrimiento. Ver también cómo hay hechos, vivencias en las que la entrega produce plenitud. Quedarnos en ese instante en donde nos

sentimos invadidos por el Amor que nos envuelve.